

Pienso que es un buen trabajo, que permite conocer el pensamiento de estos autores en un tema tan importante y de tanto importio en muchas personas que ven en la Psicología casi como una «nueva religión» o una explicación de todo.

J. Pujol

AA. VV., *Cristianismo y cultura en la Europa de los años 90*, («Colección GS», 4), PPC, Madrid 1993, 211 pp., 13 x 20.

La obra recoge las intervenciones de diversos autores europeos en el II Simposio Internacional (1990) organizado por la Fundació Joan Maragall bajo el mismo título que da nombre al volumen.

Las contribuciones al Simposio abordaban temas muy diversos: cultura actual y cristianismo; el carácter sacro de los derechos humanos; las relaciones Iglesia/sociedad en Europa, Asia y Latinoamérica; arte y fe en el fin del siglo XX.

La ponencia más importante fue, sin duda, la confiada a Walter Kasper: «Ser cristiano en la Europa de los 90». Europa —advierte Kasper— no es definible tan sólo en términos geográficos; Europa es una realidad cultural, de la cual forma parte esencial haber sido «profundamente configurada por el cristianismo» (p. 12). Bien es cierto que en Europa se ha producido una escisión tripartita como efecto de la división de la confesiones cristianas y que ha sufrido un proceso de secularización que, sin suprimir la fe cristiana, ha roto cualquier vínculo vital entre esta y las realidades de la vida cotidiana, individual y social.

Existe una cultura *europea*, que puede ser caracterizada por su fundamental humanismo, fruto de la tradición griega y de la judeo-cristiana, humanismo su-

brayado como tal por la tradición moderna desde la Ilustración. En este contexto, Kasper sostiene la tesis de que el cristianismo «está hoy llamado a llenar el vacío de sentido que sufre la Europa moderna y a devolver a Europa su alma» (p. 20). Esa tarea se expresa en la palabra clave de *evangelización* o *re-evangelización*. La evangelización comienza con la autoevangelización, con el esfuerzo de conocer la fe y de vivir la fe. Supone también llevar a adelante un esfuerzo de inculturación de la fe en la creación de un orden nuevo de vida social; supone igualmente afrontar el reto del ecumenismo.

Todo ello está muy ligado, según Kasper, a la vivencia de la Iglesia como comunión, que armoniza lo universal con lo particular; tal vivencia «es un mensaje y una promesa para los hombres y para el mundo de hoy» (p. 24). Por otra parte, la Iglesia tiene el deber de promover la dignidad humana y los derechos humanos, debe ser «abogada de todo hombre» (p. 25), haciendo de Europa un hogar abierto. Proponiendo una civilización que va más allá de la justicia —la *civilización del amor*— La Iglesia está convencida de que «a la larga, sólo el respeto de Dios puede fundamentar el respeto del hombre» (p. 27).

La intervención de Kasper en este Simposio es una reflexión teológica lúcida sobre la función social de la Iglesia al final del II Milenio, basada en una aguda interpretación de la historia antigua y contemporánea de nuestro continente. Una vez más, su discurso evidencia algo que debe ser característico del pensar teológico: una atención crítica y libre a la cultura, que sabe captar en ella lo que tiene de positivo y argumentar con sus deficiencias desde los recursos que proporciona la gran tradición eclesial.

J. M. Odero